

16. El miedo del torero

...Durante las horas anteriores a la corrida se pasa tanto miedo, que todo el organismo está conmovido por una vibración intensísima, capaz de...provocar esta anomalía...que todos los toreros han podido comprobar de manera terminante: **los días de toros la barba crece más aprisa**... No hay que darle vueltas. Es el miedo. Yo lo conozco bien. Es un íntimo amigo mío.

La mañana del día de corrida, cuando todavía está uno dormido, viene el miedo cautamente y, sin hacer ruido, sin despertarnos, se instala a nuestro lado en la cama...y en ese estado...entre el sueño y la vigilia, en que nos sorprende, se adueña de nosotros...Cuando el torero que ha de torear aquel día guiña un ojo al ras de la almohada y le hiere la luz de la mañana que se filtra por las rendijas, es ya una infeliz presa del miedo...

Acurrucado todavía entre las sábanas, con el embozo subido hasta las cejas, el torero empieza su dramático diálogo con el miedo. Yo, al menos, entablo con él una vivísima polémica. No sé lo que harán los demás toreros. Al miedo yo le venzo o, al menos, le contengo a fuerza de dialéctica. Es un diálogo incoherente, como el de un loco con un ser sobrenatural.

«Ea. mocito —me dice el miedo, con su feroz impertinencia, apenas me he despertado—: a levantarte y a irte a la plaza a que un toro te despanzurre.»

«Hombre —replica uno desconcertado—, yo no creo que eso ocurra...»

«Bueno. bueno —reitera el miedo—; allá tú. Pero yo que soy tu amigo de veras, te advierto que esto que haces es una temeridad. Llevas demasiado tiempo tentando a la fortuna.»

«No todo es buena fortuna. Yo sé torear.»

«A veces los toros tropiezan, ¿no lo sabes? ¿Qué necesidad tienes de correr ese albur insensato?»

«Es que como ya estoy comprometido...»

«¡Bah! ¿Qué importancia tienen los compromisos! El único compromiso serio que se contrae es el de vivir. No seas majadero. No vayas a la plaza.»

«—No tengo más remedio que ir.»

«¿Pero es que crees que se hundiría el mundo si no fueses?»

«No se hundiría el mundo, pero yo quedaría mal ante la gente...»

«¿Qué más te da quedar mal o bien? ¿Crees que dentro de cinco años, de diez, se acordará nadie de ti ni de cómo has quedado hoy?»

«Sí se acordarán... Hay que vivir decorosamente hasta el final. Me debo a mi fama. Dentro de muchos años los aficionados a los toros recordarán que hubo un torero muy valiente.»

«**Dentro de unos años, a lo mejor, no hay ni aficionados a los toros, ni siquiera toros.** ¿Estás seguro de que las generaciones venideras tendrán en alguna estima el valor de los toreros? ¿Quién te dice que algún día no han de ser abolidas las corridas de toros y desdeñada la memoria de sus héroes? Precisamente, los gobiernos socialistas...»

«Eso sí es verdad. Puede ocurrir que los socialistas, cuando gobiernen...»

«Naturalmente, hombre! ¡Pues imagínate que ha ocurrido ya! No torees más...»

«No. no. Todavía no se han abolido las corridas de toros.»

«¡Pero no es culpa tuya que no lo hayan hecho! Y no vas a pagar tú las consecuencias de ese abandono de los gobernantes.»

«¡Claro! —exclama uno, muy convencido—. ¡La culpa es de los socialistas, que no han abolido las corridas de toros, como debían! ¡Ya podían haberlo hecho!»

Advierto al llegar aquí que el miedo, triunfante, me está haciendo desvariar, y procuro reaccionar enérgicamente.

«Bueno, bueno. Basta de estupideces. Vamos a torear. Venga el traje de luces.»

«¡Eso es! A vestirse de torero y a jugarse el pellejo por unos miles de pesetas que maldita la falta que te hacen.»

«No. Yo toreo porque me gusta.»

«¡Que te gusta! Tú no sabes siquiera qué es lo que te gusta. A ti te gustaría irte ahora al campo a cazar o sentarte sosegadamente a leer, o enamorarte quizá. ¡Hay tantas mujeres hermosas en el mundo! Y esta tarde puedes quedar tendido en la plaza, y ellas seguirán siendo hermosas y harán dichosos a otros hombres más sensatos que tú...»

Al llegar a este punto, uno se sienta en el borde de la cama, abatido por un profundo desaliento...El miedo se ha hecho dueño del campo momentáneamente. Hay una pausa penosísima. El torero intenta sobornar al miedo.

«¡Si yo comprendo que tienes razón! Verás... Esto de torear es realmente absurdo; no lo niego. Hasta reconozco. si quieres, que he perdido el gusto de torear que antes tenía. Decididamente, no torearé más. En cuanto termine los

compromisos de esta temporada dejaré el oficio.»

«¿Pero cómo te haces la ilusión de salir indemne de todas las corridas que te quedan?»

«Bueno; no torearé más que las dos o tres corridas indispensables.»

«Es que en esas dos o tres corridas, un toro puede acabar contigo.»

«Basta. No torearé más que la corrida de esta tarde.»

«Es que hoy mismo puede...»

«¡Basta he dicho! La corrida de hoy la toreo aunque baje el Espíritu Santo a decirme que no voy a salir vivo de la plaza.»

El miedo se repliega al verle a uno irritado, y hace como que se va: pero se queda allí, en un rinconcito, al acecho. Uno, satisfecho de su momentáneo triunfo va y viene nerviosamente por la habitación. Luego se pone a canturrear. Yo empiezo a tararear cien tonadillas y no termino ninguna. Entretanto, voy haciendo las reflexiones más desatinadas. Por la menor cosa se enfada uno con el mozo de estoques y discute violentamente. La irritabilidad del torero en esos momentos es intolerable. Todo le sirve de pretexto para la cólera. El mozo de estoques, eludiéndole, le viste poco a poco. Y así una hora y otra, hasta que, poco antes de salir para la plaza comienzan a llegar los amigos. Antes de que llegue el primero, por muy íntimo que sea, uno le pega una patada al miedo y le acorrala en un rincón donde no se haga visible.

« ¡Si chistas, te estrangulo!»

« ¡Qué más quisieras tú que poder estrangularme! Anda; anda, disimula todo lo que puedas delante de la gente; pero no te olvides de que aquí estoy yo escondido.»

«Me basta con que seas discreto y no escandalices», le dice uno a ver si por las buenas se le domina.

Este altercado con el miedo es inevitable. Yo, por lo menos, no me lo ahorro nunca, y creo que no hay torero que se libre de tenerlo. El ser valiente en la plaza o no serlo depende de que previamente haya sido reducido a la impotencia este formidable contradictor, este enemigo malo que es el miedo... Tengo la creencia de que si a todos los toreros, aun a los más valientes, se les presentase en el momento de hacer el paseíllo alguien que pudiera garantizarles el dinero necesario para vivir aunque no fuese más que un duro diario para toda la vida, no habría quien saliese al ruedo. Al menos, no habría toreros profesionales. Quizá hubiera, sí, toreros de ocasión. El hombre que en un momento dado se juega la vida por hacer una gallardía, no habría de faltar. Pero el torero profesional, ése que va a la plaza habitualmente, como el carpintero va todas las mañanas a su carpintería y el pintor se coloca cotidianamente ante su lienzo, ése no existiría.

Tampoco se torearía si hubiese que contratar las corridas dos horas antes de torearlas. Se torea porque los contratos se firman semanas o meses antes de tener que cumplirlos, cuando parece improbable que llegue la fecha en que habrá que salir al redondel a matar los toros. ¡Y la fecha fatal llega siempre!

...

El miedo que se pasa en las horas que preceden a la corrida es espantoso. El que diga lo contrario miente o no es un ser racional. Se cambia el tono de la voz, se adelgaza de hora en hora, se modifica el carácter y se le ocurren a uno las ideas más extraordinarias. Luego, cuando ya se está ante el toro, es distinto. **El toro no deja tiempo para la introspección.** Es la inspección del enemigo lo que embarga los cinco sentidos. En la plaza sólo hay un momento de examen de conciencia: el tiempo que se invierte en el tercio de banderillas. Mientras los banderilleros corren al toro, el matador, junto a la barrera, tiene unos minutos para pensar. ¿Qué piensa entonces el torero? Lo que haga después se ha resuelto en ese instante de dramática meditación. Cuando coge la muleta y la espada ya no hace más que lo que instintivamente le dicta una subconsciencia cuyos mandatos han tenido una previa y morosa elaboración. Ante el toro no piensa ni duda. El ejercicio de la lidia es tan absorbente, la cosa es tan vital, que, a mi juicio, ponerse sin decisión ante los cuernos del toro es fatalmente perder la partida.



El periodista Manuel Chaves Nogales



El torero Juan Belmonte 1892-1962

Manuel Chaves Nogales
*Juan Belmonte, matador de toros,
su vida y sus hazañas*
1935